



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra:

Filosofar a la altura del hombre:
respuesta a Zdeněk Kourim

Autor:

Zea Aguilar, Leopoldo

Forma sugerida de citar:

Zea, L. (1992). Filosofar a la altura del hombre: respuesta a Zdeněk Kourim. *Cuadernos Americanos*, 5(35), 183-202.

Publicado en la revista:

Cuadernos Americanos

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año VI, núm. 35, septiembre - octubre de 1992).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

FILOSOFAR A LA ALTURA DEL HOMBRE RESPUESTA A ZDENĚK KOURÍM*

Por *Leopoldo ZEA*
CCYDEL, UNAM

1. Reencuentro con mi crítico

FUE POR LOS AÑOS SETENTA que tuve la primera noticia de Zdeněk Kouřím, filósofo checoslovaco residente en Francia, muy interesado por la filosofía que se hace en la América Latina. Lo conocí por un trabajo suyo en que hacía crítica de mi obra, *Ensayo de la filosofía de la cultura americana: Leopoldo Zea*. Crítica muy minuciosa, como todo lo suyo, que abarcaba lo que había realizado hasta esas fechas. Me permití publicarlo en el número 7 del anuario *Lati-noamérica*, de 1974. Esto originó una peculiar amistad epistolar que se mantuvo por algún tiempo y en cierto momento se interrumpió. Recientemente recibí una nueva carta suya en la que hablaba de reiniciar el antiguo diálogo. La presentación de la edición francesa de mi libro *América en la historia (L'Amérique Latine face a l'Histoire)*, en octubre de 1991 en la Maison de l'Amérique Latine en París, me permitió conocerlo personalmente. Había pedido a mis editores le invitasen para que participase en la mesa redonda.

A su turno, Kouřím inició una minuciosa y amplia crítica del libro, la cual, por su extensión, originó la protesta del público asistente que quería oír otros comentarios. El autor se comprometió a enviarme el texto completo para publicarlo y darle respuesta. En la carta que acompaña su trabajo escribe: "Las palabras finales

* El presente artículo constituye la respuesta al texto de Zdeněk Kouřím, "Algunas reflexiones sobre la obra de Leopoldo Zea: los últimos 25 años", publicado en *América Latina, historia y destino. Homenaje a Leopoldo Zea*, México, UNAM, 1992, vol. II, pp. 119-147.

que le dirigí en la Casa de la América Latina no fueron de pura formalidad; los problemas que usted plantea, la manera de 'engazarlos' en el hilo de su pensamiento y las soluciones generalizadoras que usted propone me obligan a reaccionar. A menudo no estoy de acuerdo, pero —usted lo sabe mejor que yo— en filosofía las aquiescencias no críticas, cuando no son raras, parecen peligrosas''. Y agrega: "Antes de terminar esta carta quisiera escribirle lo que no tuve ocasión de decirle en la Casa de la América Latina: que me estimo honrado con su amistad y que el primer y hasta ahora el único encuentro con usted cumplió con mi espera, conocer personalmente a un hombre eminente de espíritu abierto y dialogal".

Encontré magnífico el diálogo de un europeo del Este, en un momento tan especial de la historia de esa región del mundo como el presente. El texto no es tan amplio como sus nutridas notas. Notas importantes por el peculiar enfoque, no sólo de mi obra, sino del filosofar latinoamericano en general. Pero aún más importante es la concepción que se hace expresa de la inteligencia de la Europa central en relación con la experiencia política, social y cultural que vive a partir de los sucesos de 1989 y su relación con la América Latina.

o es accidental que la crítica que me hace por mis ideas en este campo coincidan con las de otro centroeuropeo, un francés, de origen rumano, Herbert Lamm (*Cuadernos Americanos*, núm. 28, 1991, pp. 175-176), quien es un ensayista miembro de la Sociedad Europea de Cultura con sede en Venecia, Italia.

En la Asamblea General de esta Sociedad, realizada en Padua en abril de 1991, presenté la ponencia: "De la guerra fría a la guerra sucia", relacionada con la Guerra del Golfo Pérsico y los problemas de América Latina. Trabajo recibido con desconcierto pero violentamente por Herbert Lamm en la carta que sirvió para un intercambio de opiniones que terminó en mutua comprensión. Poco después, en septiembre, fui invitado por la misma Sociedad Europea de Cultura a Moscú y recibido con extraordinario afecto. El desencuentro había terminado, la comprensión se imponía.

La crítica de Zdeněk Kouřím está animada por el mismo espíritu de Herbert Lamm, cuidadosamente fundamentada en lo filosófico, histórico y político. Algunas de sus consideraciones son críticas hechas ya en el pasado sobre mi enfoque sistemático. Lo preocupante es la interpretación que se da a los últimos sucesos políticos y culturales de Europa y su relación con los de América

Latina. Dentro de esta interpretación, las viejas demandas de la América Latina respecto de su derecho de autodeterminación deben ser replanteadas de acuerdo con los sucesos de 1989. Una situación que parecía iba a tener fin dados los extraordinarios cambios en ese tiempo, que terminaban con el secuestro de Europa impuesto por los dos grandes vencedores de la segunda guerra, aunque hablar de tal secuestro en la Europa Occidental resulta siempre irritante. El centro de la crítica de Zdeněk Kourím es lo expuesto por mí hace poco tiempo en la Introducción y Epílogo a la edición francesa de mi *América en la Historia*, así como trabajos en esta dirección que he publicado recientemente en *Cuadernos Americanos*. Mi obra anterior, que Zdeněk Kourím conoce bien, está relacionada con estos mis últimos enfoques.

2. Los sucesos de 1989 en Europa y América Latina

1989 CONSTITUYE un año clave en la historia de la humanidad por los cambios que se producen en Europa y el Bicentenario de la Revolución Francesa. El extraordinario proyecto político que venía realizando en la Unión Soviética Mijail Gorbachov será el detonante de las transformaciones que se producirán a nivel planetario. Política pensada en relación con los pueblos de la Unión Soviética; política encaminada a estimular la participación civil que permita la democracia sin negar el socialismo, y a partir de estos cambios, hacer propias las ventajas individuales del capitalismo. Pero para ello habría que salirse de la carrera armamentista, de la guerra fría, que los impedía. Esta política la hacen suya, de inmediato, los pueblos de la Europa del Este bajo la hegemonía soviética. Pueblos que reclaman su derecho de autodeterminación, el regreso al mundo del que habían sido secuestrados. Salen a las calles, inermes, desarmados; pero en esta ocasión los tanques y tropas soviéticas permanecen en sus cuarteles. Empiezan a caer los muros.

Los sucesos europeos llenaron de esperanzas a pueblos como los de América Latina, que a lo largo de quinientos años vienen haciendo reclamos semejantes a los de los pueblos de la Europa del Este. Pueblos que no quieren seguir siendo vacío de poder a ocupar, o disputar, por las potencias europeas u occidentales en turno. Paradójicamente el primer pueblo que en esta misma América hizo tal reclamo y logró sus metas es Estados Unidos. Fue ésta la primera nación antiimperialista y anticolonial. Sin embargo, este pueblo está animado por el espíritu insular y puritano de sus ancestros

británicos. Puritanismo que justifica una nueva acción imperial en defensa de su propia y exclusiva libertad, democracia y prosperidad. Pero ahora, frente a los sucesos de Europa, Latinoamérica se interroga: ¿Permitirá Estados Unidos en América lo que ha permitido la Unión Soviética en Europa? Respuesta contundente se dio a fines de ese mismo 1989, cuando caía el último bastión del comunismo real en Europa, Rumania; Estados Unidos con una pequeña parte del ejército y armas hechas para disuadir a la Unión Soviética castigó a un pequeño pueblo de Latinoamérica, Panamá, por la deserción de un individuo creado por la misma potencia para servir a sus intereses.

¿Cómo ve Zdeněk Kouřim estos hechos? Es penoso lo que sucede en Latinoamérica, pero no puede ser medido con los mismos parámetros que originaron la liberación de la Europa del Este. Es más, estos cambios obligan a un replanteamiento de las demandas latinoamericanas y no las ya anacrónicas que se planteaban. No hacerlo es ir contra la realidad. “¿No se traza aquí —pregunta— un paralelo valorativo abusivo entre un sistema *totalitario* agonizante, no mejorable, y un sistema *democrático* imperfecto, pero enmendable?” Generosamente agrega: “No se trata de ninguna manera de ocultar el intervencionismo pasado de los gobiernos estadounidenses y unas tendencias en este sentido aún hoy persistentes, con todas las consecuencias negativas o positivas; sin embargo, es necesario analizarlas, teniendo ante todo cuenta de la situación-experiencia (global) *presente*, en lugar de juzgarlos desde una perspectiva (moral), derivada de unas situaciones o experiencias históricas (cuya lección, si no hay que olvidarla, tampoco debe considerarse como determinante para la formación de una pauta interpretadora fija)”.

En otras palabras, ¿las demandas de autodeterminación, libertad y democracia de los pueblos de la Europa del Este, que a lo largo de cerca de cinco décadas les fueron impuestas, han originado cambios en la totalidad del planeta, que han de hacer recapacitar a los latinoamericanos para que adopten demandas semejantes que lleven a su vez cinco centurias? Las equivocadas demandas del socialismo real deben ir al vacío junto con las ya anacrónicas demandas de autodeterminación de pueblos como los de la América Latina.

Estados Unidos y Europa Occidental se empeñaron, a lo largo de la guerra fría, en involucrar las centenarias demandas de autodeterminación de América Latina, las de los Bolívar y Martí y también las de los Washington y Jefferson, con la ideología y demandas comunistas. Todos estos próceres, de vivir en nuestros días,

habrían sido denunciados como comunistas o filocomunistas. Así, una vez disuelto el socialismo real, las viejas demandas de autodeterminación de Latinoamérica y de otras partes de la tierra, deben ser reconsideradas en relación con el presente y no con el pasado que ha muerto.

¿Cuál es este presente? El mismo que se apresuró a explicitar el filósofo estadounidense Francis Fukuyama, en ese 1989. Repitiendo a Hegel, habló del fin de la historia, la cual culmina en una supuesta universalización de la democracia liberal del mundo occidental. Interpretación excluyente, hecha de acuerdo con esa mentalidad insular y puritana expuesta ya por los padres de la nación estadounidense. Quedan fuera de la historia América Latina y el Tercer Mundo, pero también los pueblos de la que fuera la Europa socialista. Lo ya alcanzado en el mundo capitalista por Estados Unidos y la Europa Occidental es un logro insular, ajeno a otros pueblos, que sólo podrán alcanzarlo cuando sean capaces de vencer sus contradicciones y aceptar la hegemonía universal de la única nación que en la tierra es capaz de llevar su liderazgo. El presidente de los Estados Unidos, George Bush, el 29 de enero de 1991, antes de lanzar la aplastante ofensiva contra Irak por la deserción de otro de sus servidores, decía: Estados Unidos asume el liderazgo del nuevo orden porque "entre las naciones del mundo, sólo Estados Unidos tiene tanto la estatura moral como los medios para sostenerla. Somos la única nación de esta tierra que puede reunir a las fuerzas de la paz".

El brutal castigo impuesto al pueblo de Irak dejó bien claro cuál es el presente global en relación con el cual habrá que revisar todo futuro reclamo como el de autodeterminación. Ha muerto el comunismo, pero aún quedan en la historia pueblos que siguen perturbando los sueños de prosperidad y grandeza del mundo cuyo líder se declaran los Estados Unidos. El presidente Bush pide así nuevas armas para enfrentar el nuevo peligro. En Carolina del Norte—informa la agencia de prensa Reuter en 1990—se entrenan tropas para capturar fácilmente ciudades del Tercer Mundo. "En simulacros, los infantes de la Marina estadounidense demostrarán así lo aprendido en un nuevo centro de adiestramiento para la guerra urbana, destinado a enseñar, a combatir en ciudades del Tercer Mundo". Bush reclama más fondos para el proyecto de la guerra de las galaxias. ¿Contra quién? También dentro del puritanismo, el hombre propone y Dios dispone.

Dentro de la nueva visión global que han dado a la historia los acontecimientos de 1989, Zdeněk Kourím considera anacrónica la

insistente lucha de los países latinoamericanos por enfrentar el predominio secular de la política imperial originada en Europa y continuada por Estados Unidos. ¿Tiene sentido esta interpretación?, pregunta Zdeněk Kouřím. “¿Representa efectivamente el motor *único* y que funcionaba y funciona de la misma manera en el pasado como en el presente?”. Dentro de ello, dice, “Leopoldo Zea se ve obligado a calificar como negativa prácticamente a cualquier iniciativa, acción y empresa de los Estados Unidos y, recíprocamente, rotular de signo más bien positivo las que las contrarían o se oponen a ellas”.

“La misma perspectiva que hace derivar la filosofía de la historia de América ‘únicamente’ de la conciencia de la dependencia impuesta por los colonizadores sucesivos, se perpetúa hasta los escritos más recientes de Leopoldo Zea”.

“¿No son los errores de juicio —pregunta—, incluso los resbalones, tributarios de un método inherente al sistema maniqueo de pensamiento para el cual el universo ‘temporalmente’ dividido no se reunirá sino en un futuro prometedor casi inmediato pero cada vez postergado al otro día?”.

3. *Maniqueísmo y neomaniqueísmo*

ZDENĚK KOUŘÍM critica la insistente referencia al maniqueísmo y al providencialismo norteamericano: “La misión de Estados Unidos es enfrentarse al Mal hasta su aniquilación definitiva”. De acuerdo también con Leopoldo Zea, “Europa para su seguridad tiene que aceptar la presencia y la ocupación de los ejércitos y del armamento norteamericanos”. Antes de seguir sosteniendo todo esto, agrega, “sería necesario demostrar que el ‘providencialismo norteamericano’, históricamente incontestable, perdura en tanto que corriente ideológica predominante en los Estados Unidos, que se trata de algo más que de una ‘creencia’ condicionada generacionalmente”. Habrá también que demostrar que “a los norteamericanos les incumbe todo el beneficio de la política intervencionista estadounidense a la cual se asocian libremente otras naciones democráticas”.

Vamos por partes. No considero que toda iniciativa estadounidense tenga carácter negativo para nuestros pueblos. Todo lo contrario, son positivas ideas como las expresadas en su Declaración de Independencia en 1776, donde se habla de la igualdad de todos los hombres y del derecho de éstos a instituir “gobiernos que deriven sus justos poderes del consentimiento de los gobernados” y que

siempre que una forma de gobierno tienda a destruir los intereses de esos pueblos, éstos tienen el "derecho a reformarla, abolirla y a instituir sus poderes en la forma que a su juicio garantice mejor su seguridad y su felicidad". Lo negativo es la pretensión de un pueblo determinado a partir de tales principios, pretender decidir la legitimidad o ilegitimidad de las decisiones de otros pueblos, siguiendo esos mismos principios. Estados Unidos, de acuerdo con su declaración, no acepta que otro pueblo, otra nación, legitime o condene las que deben ser decisiones libres de los pueblos sin discriminación alguna. No queremos en Latinoamérica nada que pueblos como Estados Unidos no reclamen para sí. Limitar el alcance de estas demandas deja al margen del mismo sistema libertario a quienes con pretensiones hegemónicas atropellen derechos semejantes.

Los latinoamericanos siguen partiendo de la conciencia de la dependencia impuesta por los sucesivos colonizadores, porque pura y simplemente esa dependencia no ha sido vencida. Nuestra región sigue siendo "vacío de poder" a llenar por cualquier colonialismo. ¿Por qué se va ahora a recapacitar sobre esta situación si supuestamente se ha dado una nueva situación global que aparentemente implica el triunfo del sistema que mantiene la dependencia? Los centroeuropeos no parecen haber rebasado plenamente los efectos del pasado bajo la dependencia soviética. Ese pasado sigue siendo, a pesar de los cambios, el único mal posible a enfrentar mientras que se justifica, en cambio, las supuestas viejas fallas de un sistema considerado democrático como algo simplemente circunstancial.

El maniqueísmo y el providencialismo estadounidenses son algo más que una creencia condicionada generacionalmente. Esta concepción ha sido sostenida y la siguen sosteniendo los conductores de esas naciones, de conformidad con una concepción insular heredada de sus ancestros británicos y el providencialismo propio de las concepciones puritanas de los peregrinos que llegaron en el Mayflower en 1620. Estados Unidos es un pueblo elegido, un pueblo bendito, que por serlo no necesitaba enredarse con pueblos como los que en Europa originaron los magnicidios de la Revolución Francesa o con pueblos bárbaros a hechura de la no menos bárbara colonización ibera al Sur de esta misma América, al mestizar etnias y culturas naturalmente opuestas. Sobre este pueblo elegido y bendito de Dios hablaron los padres de la nación estadounidense, con Washington y Jefferson, hasta Reagan y Bush en nuestros días.

Para comprobar que no ha muerto y sigue vigente esta retórica providencialista y maniquea, basta simplemente con leer las decla-

raciones del presidente Ronald Reagan en apocalíptica lucha contra el imperio del mal que ayer encarnaba la Unión Soviética, cuya potencia ponía en riesgo el orden propio de esa isla de libertad, democracia y prosperidad que se ha creado en América. Allí sigue también la retórica enarbolada por el presidente Bush contra el mal, luego encarnado en Saddam Hussein, quien a su vez respondía al hacer de Estados Unidos el mal por excelencia de acuerdo con el Profeta. Esta interpretación maniquea no es invención latinoamericana, sino interpretación estrictamente estadounidense que la realidad está poniendo en su lugar. Realidad de acuerdo a la cual el mundo unipolar del que hablaba el presidente Bush en 1990, reclamando su derecho a conducirlo, se está fragmentando en varios centros de poder. Están ya la Comunidad Europea de un lado y la Cuenca del Pacífico del otro. Para los latinoamericanos la concepción unipolar estadounidense representa, por la vecindad de quien la sostiene, la continuación del viejo enfrentamiento para defender los derechos de autodeterminación de sus pueblos.

4. Insularidad expansiva

DENTRO de este providencialismo y maniqueísmo, Estados Unidos justificará no sólo su insularidad y amurallamiento para no conceder a otros pueblos lo que reclama para sí, sino también la paradójica expansión de su insularidad. Al inicio de su independencia, el mal lo encarnaba la Inglaterra que le había impuesto el coloniaje. Alcanzada la emancipación, el mal lo encarnará Europa en general, con sus enclaves coloniales en América. Es frente a esta Europa que surge la Doctrina Monroe en 1823: "América para los americanos", los estadounidenses como únicos americanos capaces de mantener la democracia, la libertad y la felicidad de los pueblos en una creciente prosperidad. La democracia estadounidense no podía seguir aceptando la presencia de enclaves coloniales europeos en América, como tampoco la presencia de pueblos que en el mismo continente afectaran esa libertad, seguridad y prosperidad. En defensa de esta ínsula se levantan fronteras; pero se trata de fronteras móviles que se van extendiendo, primero sobre la misma América, para asegurar a ese singular pueblo que no será afectado por intereses extraños a los suyos. Antes, se han extendido sobre todas las llanuras que ahora forman los Estados Unidos y de inmediato sobre la otra América, México en 1847 y Centroamérica en 1855. América Latina sólo es el vacío de un poder desaparecido.

Vacío de poder en el que no debe intervenir el colonialismo europeo. Éste tendría que dejar su lugar al Imperio del Bien por excelencia. Al terminar el siglo XIX, los Estados Unidos seguían empujando sus murallas defensivas ya sobre otras diversas regiones del mundo. Con los MacKinley y los Theodore Roosevelt se habló de expulsar de este continente lo que quedaba aún del coloniaje europeo. España será la primera víctima de esta política. El mal era expulsado de las Antillas en 1898.

Obviamente este providencialismo beneficia a quien lo sostiene, Estados Unidos, nación que en la primera década del siglo XX se alza ya como potencia capaz de disputar a otras los espacios de los viejos centros de poder. La Primera Guerra mundial (1914-1918), librada en tierra europea, fue una guerra entre potencias imperiales a la antigua, que disputaban la hegemonía sobre Europa y nuevos imperialismos que pugnaban por el control de los mercados dentro del mundo de libre empresa que en nuestros días vuelve a surgir como utopía. Estados Unidos interviene oportunamente desde su lejana y gigantesca ínsula. Los viejos imperios europeos a la antigua pasan a la historia, los de los Habsburgo, de los Hohenzollern y los Romanoff. Se alza triunfante la Europa Occidental, pero tremendamente golpeada y endeudada. Los grandes acreedores son los Estados Unidos, levantados sobre los restos de la Primera Guerra.

Sin embargo, Estados Unidos, todavía entonces de conformidad con su concepción insular, se niega a involucrarse con otras naciones. Por ello no forma parte de la Liga de Naciones. Estados Unidos había ya ofrecido el necesario aporte de sangre de muchos de sus jóvenes y el material militar adecuado para participar en la victoria final. Sin embargo, no se habían visto afectados sus ciudades, sus industrias o sus civiles, que trabajaban para el triunfo desde la retaguardia. Estados Unidos apareció así como el principal beneficiario de esa primera confrontación mundial.

Al terminar la Primera Guerra surge algo nuevo, inesperado: el movimiento popular que da origen a la Revolución Rusa de Octubre de 1917, en el Imperio de los zares. Algo que no estaba previsto por el propio Marx, aunque se hace en su nombre. Por el contrario, Marx y Engels ya habían prevenido a Inglaterra de lo peligroso que sería dejar emerger a pueblos como el ruso, como podría suceder de triunfar proyectos de modernización como los puestos en marcha por Pedro el Grande. Había que mantener a este pueblo bárbaro en sus fronteras si no se quería que fuese afectado el orden europeo que se estaba desarrollando en 1914. El mundo occidental

tratará de evitar el triunfo bolchevique. La presión exterior endurecerá la revolución.

El triunfo comunista en Rusia, como triunfo del proletariado, estimulará la aceptación del comunismo en una Europa que sufre del desabasto, la miseria, el hambre y otros males que van surgiendo y son aplacados por las fuerzas represivas de los viejos y nuevos amos o patrones. Surgen el fascismo en Italia y el nazismo en Alemania. En las colonias bajo dominio europeo y en los pueblos bajo la hegemonía del puritanismo estadounidense se extiende el malestar, y con él crece el ejemplo del pueblo que ha dado origen a la Revolución Rusa de 1917. A las demandas de liberación, autodeterminación y justicia entre hombres y pueblos se darán respuestas represivas. Se reprime en Europa, se reprime en América y en el resto del Tercer Mundo.

En Estados Unidos el mal encarna ya en el comunismo. Se va perfilando otra vía, ¿tercera vía?, que plantea la necesidad de un orden social que ponga fin al caos que ha originado la posguerra y que sirva de cultura al comunismo. De este nuevo orden social se habla en la Italia bajo Mussolini y se continúa en la Alemania bajo Hitler. Demandas de orden aceptadas y sostenidas por industriales que en Europa tratan de recuperar el tiempo perdido en la Primera Guerra.

El fascismo que así emerge, cobra conciencia del poder que toma y decide ser la fuerza por excelencia en la creación de un nuevo orden: el Nacional-Socialismo. Supuesta conciliación de ideas equidistantes entre la concepción liberal que le ha dado origen y la concepción socialista que se ha alzado en Rusia. Asumiendo su propio destino el fascismo se impone sobre el continente europeo y se enfrenta a sus propios patrocinadores. La brutalidad represiva se hace de inmediato patente dividiendo a Europa y al llamado Mundo Occidental.

La Unión Soviética dirigida por Stalin hace alianza con Adolfo Hitler, alianza que dura poco. El hitlerismo está dispuesto a imponer un nuevo orden mundial que no es el capitalista del mundo occidental ni el socialista de la Unión Soviética. Ha vencido a los pueblos de la Europa Occidental que se le han enfrentado. Se desata la Segunda Guerra mundial en 1939. Emerge un nuevo protagonista aliado a Alemania: el militarismo japonés. Alemania invade a la Unión Soviética para protegerse la espalda, para regresar al Occidente y poner fin a toda resistencia del llamado Mundo Libre.

Ahora el mal encarna en el fascismo europeo y el militarismo nipón. La resistencia soviética a la invasión nazi y a las llamadas naciones libres con la participación de Estados Unidos permite alcanzar el triunfo final sobre la Europa hitlerista y sobre el Asia bajo la hegemonía japonesa. En la batalla final están unidos estadounidenses y soviéticos que luchan en tierras europeas. Al terminar la guerra se comparte una hegemonía de circunstancias siempre cambiantes. El Occidente queda bajo la hegemonía estadounidense, el Este de Europa bajo la Unión Soviética. El reparto incluye la misma lastimada Europa. Las fuerzas militares de ocupación estadounidenses se hacen cargo de la seguridad de la Europa Occidental contra una posible agresión de la Unión Soviética, la cual se hace cargo de la Europa del Este frente a la posible agresión estadounidense. Se inicia la guerra fría, que tiene como meta el desgaste económico de ambas potencias con la carrera armamentista. Estados Unidos es el líder indiscutible del llamado Mundo Libre, y también nuevamente el acreedor de los maltratados pueblos europeos. La dicotomía Bien-Mal se mantiene, el bien está encarnado por Estados Unidos y sus aliados, el mal por la Unión Soviética. Pero cualquier pueblo, o individuo, que de alguna manera afecte los intereses del mundo bajo la protección providencial de Estados Unidos, está condenado, como todo mal, a la destrucción o marginación. ¡Dios bendiga a los Estados Unidos!

Llegamos a 1989, cuando uno de los contrincantes de la guerra fría decide salirse de la misma para cambiar la situación política, económica y social de sus pueblos: la Unión Soviética bajo la conducción de Mijail Gorbachov. El diablo decide dejar de ser diablo, de ser el Mal, e inicia unilateralmente la paz. El Bien, encarnado en la providencia, ya sin contrincante, se declara absolutamente vencedor de la batalla. Pero Dios, el Creador, el Espíritu, necesita del Mal que le haga patentes sus limitaciones y su siempre obligada perfección. Pero ya no hay diablo, Dios queda solo y, con ello, sin nada que haga patente su propia existencia. Tal es ahora el problema del llamado Mundo Libre, ya sin adversario ante el cual empuñar la libertad. Pero quedan también multitud de pueblos que no han podido llegar al extraordinario mundo creado por el liberalismo. Los intentos de estos pueblos para entrar a ese mundo pueden ahora servir de estímulo al Mundo Libre para su propio perfeccionamiento.

Para Fukuyama los pueblos que forman el llamado Tercer Mundo, como los pueblos del Segundo Mundo, los socialistas, quedan

fuera de este fin de la historia y apogeo del liberalismo. Los Estados Unidos, una vez más, se presentan como absolutos beneficiarios de esta nueva contienda, otra vez libres sus tierras y ciudades de la devastación de que son objeto los pueblos de Europa y otras regiones de la tierra. Estados Unidos en la guerra fría formó un poderoso y sofisticado arsenal militar en competencia con la Unión Soviética. Esto implicó gastos extraordinarios que pusieron a la Unión Soviética fuera del Estado universal hegeliano. Los gastos también han afectado a Estados Unidos, y con ello a los pueblos bajo su hegemonía y a sus obligados aliados en Europa. El futuro apunta hacia los pueblos que no fabricaron armas ni tienen ejércitos, como los vencidos en la segunda guerra, alemanes y japoneses. Éstos emergen como nuevos centros de poder, limitando el de los Estados Unidos.

5. ¿Fracaso reformista de Gorbachov?

ZDENĚK KOUŘÍM, creo, no ha rebasado su propio maniqueísmo en relación con la Unión Soviética, como parece que yo no lo he rebasado en relación con los Estados Unidos. Dentro de este maniqueísmo, Zdeněk Kouřím habla de mis reminiscencias marxistas porque expreso la necesidad de un Estado auténticamente universal en el que todos los hombres puedan participar. “Consultando los últimos escritos de Leopoldo Zea —escribe—, se descubre un fenómeno aún más sorprendente: el autor mexicano, al tomar la defensa de la revolución socialista, al tratar de atribuir la desviación totalitaria de ésta a los factores exteriores, va más lejos que el Gorbachov de los años ochenta y emplea un esquema justificador que presenta cierta analogía con el mismo Stalin”. Gorbachov proclamó y puso en marcha la reforma de un sistema político irredento, distinto de la perfectibilidad del sistema liberal estadounidense, dentro del cual su hegemonismo es sólo un mal que desaparecerá, es una democracia que se irá perfeccionando, no así el sistema socialista. Esto causó la desilusión de Gorbachov en los inicios de los noventa. Simplemente el líder soviético fracasó. ¿Ha fracasado realmente Gorbachov?, ¿quedó intocado el sistema que trató de cambiar?, ¿se mantiene el stalinismo? No, simplemente la reforma de Gorbachov ha ido más allá de sus intenciones. Trató de mantener el sistema socialista, pero con un rostro humano, al poner fin a la brutal represión del socialismo real. ¿Se mantiene este socialismo? No, lo que ha surgido y se perfila con mayor fuerza es la

anarquía propia de pueblos que no tienen experiencia en la libertad, que sólo han pasado del despotismo de los zares al de los comisarios. El desmantelamiento del mundo integrado por el socialismo real se originó en la incapacidad de un pueblo para responsabilizarse de una acción para la que no tenía experiencia y convirtió la libertad en anarquía. La anarquía que con toda brutalidad se expresa en Yugoslavia. Un espejo en el que debe verse la ex Unión Soviética, pero también las naciones del Mundo Occidental que se negaron a apoyar a Gorbachov cuando solicitó la ayuda económica sin la cual la falta de pan ha sido y será siempre el detonante de revoluciones y anarquías.

Precisamente fue en apoyo de estas demandas que habló el presidente de Checoslovaquia, Vaclav Havel, ante la Cámara de Representantes de Estados Unidos en Washington en abril de 1990. "Mientras más rápido —dijo— y más pacíficamente avance la Unión Soviética por el camino de un genuino pluralismo político y la reforma política, mejor será no sólo para los checos y los eslovacos, sino también para todo el mundo". Ustedes mismos se beneficiarán —agregó—, ya que "más rápido podrán reducir el peso del presupuesto militar originado en Estados Unidos. Los millones que ustedes mandan al Este hoy, muy pronto volverán a ustedes en forma de millones ahorrados".

Al hablar del cautiverio militar de Europa apuntó: "Tarde o temprano Europa debe recuperarse y decidir por sí misma cuántos soldados necesita para dejar de ser un simple depósito de armas". Zdeněk Kouřim considera que este texto está fuera de un contexto que dice todo lo contrario; de un contexto anticomunista y de reconocimiento al carácter defensivo, liberal y democrático de Estados Unidos a través del Pacto del Atlántico. Las palabras de Havel por mí citadas son simplemente las de un hombre consciente de su realidad, de esa misma realidad que Kouřim quiere sea tomada en cuenta por la América Latina al seguir haciendo sus reclamos de autodeterminación. Havel habló en tono que va más allá del anti-sovietismo anterior a Gorbachov, pidiendo apoyo para sacar adelante económicamente al pueblo que ha de superar el stalinismo impuesto.

El presidente soviético quiso así poner fin al socialismo real dándole un rostro humano al socialismo e integrar a la Unión Soviética ya sin las confrontaciones doctrinarias del pasado. No fue así; surgió la anarquía y con ella la desestabilización y fragmentación de la Unión Soviética. El mundo occidental empieza ahora

a añorar a un enemigo que mantenía el orden en las fronteras del llamado Mundo Libre. Surge en su lugar un mundo de desorden que Gorbachov trató de impedir con sus reformas. Havel está bien consciente de este hecho y lo que puede significar para Europa y el Mundo, y en este sentido pedía a Estados Unidos la ayuda para la Unión Soviética, más allá de los rencores que pudiesen existir contra la tiranía de los Stalin y los Breznev.

6. *Golpe y contragolpe*

“¿CÓMO es que Zea trata de justificar —dice Zdeněk Kourím— la desviación totalitaria del socialismo en la Unión Soviética y la Europa del Este por la presión externa?” Quizá lo explique la misma actitud y lógica empleada por Zdeněk Kourím en su crítica. La democracia estadounidense, con todos sus defectos, es perfectible. El socialismo, incluido el reformismo intentado por Gorbachov, ha estado y está pura y simplemente condenado al fracaso. El Bien sólo puede engendrar bien, el Mal sólo mal.

¿Así de simple? Toda revolución, como todo intento de cambio que afecte intereses creados, ha encontrado y encontrará siempre resistencia, y con ella intentos para su plena anulación. Así fue con la Revolución Francesa de 1789, la cual originó el terror y el imperio de Napoleón. La resistencia y la violencia fueron contra todos los intentos revolucionarios de Europa; violencia mayor como reacción a la Revolución Rusa de 1917. De haber vivido Marx y Engels la habrían también condenado, ya que esta revolución no está contemplada en su filosofía. Revolución supuestamente hecha por pueblos bárbaros, que afectaría también los intereses del mismo proletariado occidental y europeo. Un proletariado que en los inicios de la Revolución Industrial fue objeto de brutal explotación hasta que su lugar fue ocupado por los pueblos de las colonias que pagaron el costo final de la Revolución Industrial.

Lenin concibió la revolución en una relación que no era ya la marxista de la lucha de clases, destacó la relación imperialista que había permitido a Europa ahorrar sacrificios de su propio proletariado para hacerlos recaer en pueblos enteros bajo dependencia colonial. En el marxismo-leninismo se mantiene la relación con Marx, pero se destaca lo que pueblos ajenos a los beneficios de la Revolución Industrial y al capitalismo en general hicieron con sus sacrificios por el Tercer Mundo, incluyendo a la América Latina. Los regímenes que surgieron en el mundo al margen de Occidente,

sobre los cuales no había pensado Marx, vieron al socialismo como meta para anular al colonialismo. Pero, por otro lado, los gobiernos *de facto* que surgieron, como el soviético, se consideraron regímenes de transición al socialismo. Regímenes de transición que debían superar las presiones a que estaban sometidos en el exterior. La dictadura del proletariado no era sino el obligado paso para el triunfo de los pueblos que se encaminaban al socialismo. Habría que resistir los asedios sufridos; sólo vencidos éstos, se podría arribar a un pleno y auténtico sistema socialista.

El socialismo real fue en principio el sistema impuesto para que los pueblos que sufrían asedio soportasen lo que fuese necesario, ya que de esta resistencia dependía su entrada al socialismo. Ello implicó sacrificar libertades al igual que la casi mínima seguridad doméstica. La anulación de libertades y la reducción del modo de vida acabó por originar dictaduras y con ello corrupciones como las puestas a flote con la caída del sistema totalitario comunista.

Algo semejante ha sucedido en los pueblos que forman la América Latina, tercamente empeñados en mantener sus demandas de autodeterminación. Demandas hechas mucho tiempo antes de que se hablase del peligro comunista. Éste fue el sentido de la Revolución Mexicana iniciada en 1910, la cual aspiraba a los mismos métodos de liberalismo y modernización del siglo XIX para hacer del país una nación a la altura de los tiempos. La oposición interna y externa a este proyecto originó resistencia y endurecimiento para enfrentar las presiones. Para ello el pueblo delegó derechos políticos como condición para el logro de un cambio en la organización social como base para la superación económica. Delegación hecha a un partido, el cual se encargaría de la organización sindical y agraria como punto de partida para el desarrollo de una auténtica burguesía nacional, superando el fracaso del porfiriato en el siglo XIX. La expropiación petrolera posibilitó este proyecto para que hiciese por México lo que otras burguesías habían hecho por sus países. Pero la concentración de poder implicó el abuso del mismo y con ella la corrupción que toda concentración de poder origina.

Fue éste también el camino seguido por otros cambios y revoluciones en América Latina, cambios de carácter no socialista. Así fue en Guatemala en 1954, en Cuba en 1959. Cambios como los que se buscaron en Santo Domingo en 1965, partiendo de las recomendaciones de la Alianza para el Progreso del presidente John F. Kennedy. La Revolución Chilena, 1970-73, la Revolución Nicaragüense en 1979 y la de El Salvador en 1981. Cambios ya violentos ante la

resistencia interna de las oligarquías y la externa de los intereses del sistema encabezado por Estados Unidos. Todos estos movimientos fueron calificados como comunistas, y se los involucró en la guerra fría. Así Cuba, para resistir, ligará su futuro al del otro contrincante de la guerra fría, la Unión Soviética. Algo semejante hicieron Nicaragua y El Salvador ante las presiones de que eran objeto. La guerra fría ha terminado, pero siguen sin ser reconocidas las demandas de autodeterminación de los pueblos de esta América. Presiones y resistencias semejantes a las que originaron la Revolución Rusa de 1917.

Zdeněk Kouřím nos dice que el pueblo de la Unión Soviética fue víctima de "una imposición, de una violación de sus tradiciones, de sus creencias, de su vida". Esto piensan Havel y Kundera respecto de los pueblos de la Europa del Este cuya cultura y modo de vida fueron anulados por la imposición comunista. El fin de tal dominio hace pensar que los países que forman la Europa del Este volverán al pasado que no será el de los Habsburgo, sino el trunco desarrollo material, económico y político que se estaba logrando después de la Primera Guerra. ¿Pero a qué mundo podrán regresar los pueblos ruso, ucraniano o georgiano, una vez eliminado el comunismo? ¿Al de los zares? ¿Al del padrecito Zar que poco o nada se diferencia del padrecito Stalin? ¿Al de Iván el Terrible, Pedro el Grande, Catalina la Grande, empeñados en modernizar al pueblo mediante latigazos y ejecuciones?

Gorbachov trató precisamente de poner fin absoluto al socialismo real, pero sin volver al absolutismo de los zares. Tratar de que su pueblo, por sí mismo, voluntariamente, luchase por su propia superación sin esperar a que la misma le fuese graciosa y paternalmente donada. Quizá esto no pueda ser de inmediato entendido por un pueblo obligado a esperar que el padrecito en turno le otorgase libertades y progreso. Gorbachov tampoco fue comprendido por el Mundo occidental que consideró más provechoso para sus intereses el desmantelamiento de la Unión Soviética, negando la urgente ayuda pedida. Los pueblos de la Unión Soviética son ahora parte de los pueblos que quedan en una historia que se supone ha terminado para el Mundo occidental, estos pueblos que partiendo de sí mismos tendrán que seguir haciendo historia para rebasar el pasado.

Zdeněk Kouřím considera que es una contradicción de mi parte hablar de integración europea, como respuesta a la situación de dependencia que le ha sido impuesta por Estados Unidos. Integrarse para emanciparse, y al mismo tiempo, hablar de los proyec-

tos de insularidad de la misma Europa. ¿Cuál es la contradicción? También Estados Unidos se integra y se aísla en su tiempo frente al dominio colonial europeo. La Comunidad Europea ya no necesita de la cobertura militar estadounidense, por lo que pretende liberarse de su protector, pero también se cierra, como Estados Unidos en su tiempo, frente a cualquier injerencia externa, venga de donde venga. Europa Occidental trata de levantar murallas de contención frente a fuerzas externas como la estadounidense, pero también frente a las reformas de Gorbachov, que rompió los muros para no dejar salir al abrir el camino para que sus pueblos busquen incorporarse a Europa. Presión que, junto con la gente de las colonias que llevó a sus entrañas para hacer el trabajo sucio, está sufriendo Europa Occidental.

Estados Unidos también se defendió de la Europa al otro lado del océano y de los pueblos al sur de sus fronteras. En Europa, cuando Gorbachov habló en Francia, en 1989, de Rusia y la Europa del Este como parte de la Casa Común Europea, tuvo inmediata réplica del presidente de Francia, François Mitterrand, al condicionar esta pretensión. Recientemente Jean Kirkpatrick ha criticado la decisión franco-alemana para formar un ejército común. "El canciller Helmut Kohl dijo que Washington debería celebrar la decisión de establecer un cuerpo de ejército franco-alemán de 35 mil hombres, pero muchos norteamericanos —comentó— lo han tomado como una versión del *yankee go home*".

7. El problema del método

MIS errores, dice Zdeněk Kouřim, están en el método con que hago mis reflexiones. "Quien no se contenta, como usted —escribe—, con pensar desde una 'torre de marfil', y se involucra en la realidad para mejor conocerla, debe ir armado de un buen método". Considero que en mis reflexiones involucré la lógica con la ética. Me recuerda las palabras de Raymond Aron cuando escribe: "el filósofo es primeramente responsable frente a la filosofía, ya que a medida que sirve a la filosofía y la verdad, sirve a la comunidad". "A mi modo de ver —escribe—, la inversión del último propósito que Leopoldo Zea intentó en su 'praxis filosófica' no dio los resultados esperados. ¿No es ésta una razón suficiente para revisar unos postulados o axiomas, considerados hasta ahora como intangibles, de esta doctrina? ¿No hay que esclarecer y poner en tela de juicio la metodología adoptada para darse cuenta de la relatividad e interdependencia del criterio ético?". "El proceso de

la mundialización de la civilización occidental —agrega— no significa por lo tanto una homogeneización cultural''. Por ello a los filósofos les corresponde ''discernir lo general de lo específico humano, racionalidad que hay que destacar y defender frente a la ola de unos irracionalismos reaccionarios y/o fundamentalistas''. En la larga nota sobre el profetismo latinoamericano, como el de la raza cósmica, destaca Zdeněk Kourím el irracionalismo a que se refiere.

El problema es mi resistencia a servirme de un solo y seguro método. ''¿Con qué derecho —escribe— la filosofía se atribuye el privilegio de sustraerse sola a un (auto)control metodológico como al que todas las demás ciencias se subordinan?''. De allí la necesidad de adoptar ''un método universalmente válido; de partir de una metodología como parte integrante de todo filosofar que no acepta criterios extrafilosóficos''.

Esta crítica sobre el método se me ha hecho en diversas ocasiones y desde distintos ángulos. Crítica a una reflexión hecha con diversos instrumentos y métodos. Los propiamente latinoamericanos, los aprendidos de mis maestros o de otros campos como los que provienen de historiadores, sociólogos, literatos, pensadores, filósofos. Enrique Dussel ha hablado también de la complejidad metodológica que caracteriza mis trabajos. Pero son métodos, sistemas, filósofos y filosofías diversas que encuentro, que me ayudan a comprender mejor la no menos compleja realidad que trato de racionalizar, partiendo de experiencias adquiridas o que considero menester adquirir, e incluyendo instrumentos que antes me fueran desconocidos y, de ser posible, inventando al organizar lo recibido. Me es difícil jurar por un filósofo y limitarme a un sistema o a una metodología. La realidad que pretendo comprender, racionalizar, es extraordinariamente compleja como para que se deje apresar con un método supuestamente universal, lo cual sólo se alcanza al anular la misma realidad.

Es esta tan compleja realidad la que ha puesto y pone en jaque a los grandes sistemas por los cuales era cómodo jurar y, a través de los mismos, supuestamente comprender. Por ello me ha producido una fuerte impresión la dolorosa experiencia del destacado filósofo francés Louis Althusser, el cual hizo del marxismo un extraordinario sistema que parecía permitir comprender todo cuanto existe en lo social. Pero fue la realidad, en sus diversas expresiones, lo que originó la irracional tragedia del filósofo. Los ''hechos —escribe Althusser explicando su tragedia, a partir de sus recuerdos— que prendieron en mí, se encontraron y se conjugaron para pren-

der en mí... Me gustaría intentar identificarlos, retenerlos y analizarlos para comprender qué espacio aleatorio me han abierto —o cerrado— para vivir, sobrevivir... Sé que ésta es tarea infinita, y que tal análisis es por definición 'interminable'". El no poder hacerlo produce angustia y anula lo supuestamente captado por la razón.

Es esta realidad, en sus múltiples expresiones, la que ha puesto en crisis sistemas considerados universales en los que los hombres esperaban encontrar apoyo para sus anhelos y deseos. Pero ¿no es acaso esta realidad con su diversidad la que anuló sistemas como el socialismo real y está poniendo en crisis al supuesto vencedor, el liberalismo por el que jura Fukuyama? ¿No fue esta misma realidad la que rebasó la lógica de buenas intenciones de Mijail Gorbachov? Frente a esta realidad dice el mismo Gorbachov: "El proceso de renovación del país y de cambios radicales en la comunidad mundial resultó mucho más complicado de lo que se podía suponer. Sin embargo, lo hecho debe ser valorado dignamente". Gorbachov no contaba con muchos aspectos de una realidad que se hicieron patentes al poner en marcha la perestroika: nacionalismos, fundamentalismos, racismos, etcétera. La lógica de que partía no pudo preverlos. Tampoco pudo prever la reacción del mundo occidental, principal beneficiario de la reforma, el cual trató de llevar las contradicciones surgidas hacia la desarticulación de un mundo que ya no era enemigo. Algo semejante está sucediendo con el supuestamente triunfante sistema capitalista. Estados Unidos ya está abandonando la retórica por la que se consideraba la única nación capaz de gobernar el Estado Universal que surge, contando con su supuestamente indiscutible fuerza moral y material. Francis Fukuyama ya revisa su filosofía, hace reconsideraciones explicando que no dijo lo que se pretende ha dicho. El sistema supuestamente vencedor no es unipolar; son varios los grupos de poder dentro del mismo que pugnan por su reconocimiento y por predominar, tal y como ya sucedía a finales del pasado siglo XIX.

Captar, racionalizar o comprender la realidad en sus múltiples y nunca suficientemente previstas expresiones ha sido mi preocupación, lo cual implica tener que tejer por la mañana lo que en la noche puede destruirse, ser reiterativo. Tiene razón Althusser cuando escribe: "Constante y deliberadamente corro el riesgo de dar como efectivo un análisis provisional que no deja de interrogarme... Nadie puede vivir en lugar de otro ni hablar de la vida de otro, sin antes haberlo oído enfrentarse a la empresa de su inteligencia".

Fue a partir de esta preocupación que en 1976 me permití contradecir la idea expresada por Hegel respecto del Estado Universal, que él creyó tomaba cuerpo en su tiempo, como Fukuyama en el suyo. El Estado Universal en que culmina la acción del Espíritu para racionalizarse, una vez que toma conciencia de sí mismo y de su libertad usando arbitrariamente los anhelos, deseos y esperanzas de la multitud de individuos que forman la humanidad. Todos ellos son instrumentos obligados de un espíritu, y una vez utilizados pasan al vacío del que se supone surgieron. "Los hombres —dice Hegel— satisfacen sus intereses; pero al hacerlo producen algo más, que está en lo que hacen, pero no en la conciencia de su intención". Por ello "en la historia universal hay sin duda satisfacción, pero no lo que se llama felicidad, pues la satisfacción de los fines del espíritu está por encima de la de los intereses particulares".

Contra esta inhumana idea escribí: "El Estado Universal que representa el fin de la historia no puede descansar en una relación de dominación y dependencia. Éste, para serlo plenamente, ha de ser expresión del deseo de todos y cada uno de ellos. Esto es precisamente lo que está en marcha, lo que está dando sentido a la marcha de la historia que es ya conscientemente historia universal. Historia de la que se saben participantes todos y cada uno de los pueblos".¹ ¿Una utopía más? ¿Acaso no es menos utópico el Estado Universal excluyente de Hegel y Fukuyama como expresión de un liberalismo que se niega a dejar de ser salvaje? ¿No es la realidad la que está poniendo en entredicho sus pretensiones? En mi opinión es una utopía cuya realización depende tan sólo de la capacidad y decisión de los hombres en reconocer en los otros hombres, en sus ineludibles concreciones, a semejantes con los mismos derechos y obligaciones.

¹ Leopoldo Zea, *Dialéctica de la conciencia americana*, Alianza Editorial Mexicana, México, 1976.